

Reflexión sobre el papel que juega la literatura en la memoria histórica

Todos sabemos que la ficción cuenta historias inventadas. ¿Cómo puede entonces la literatura jugar algún papel en la recuperación de la memoria?

Pues porque una buena novela pone las mentiras que cuenta al servicio de una verdad. Es decir, el escritor se vale de una historia inventada para explicar una realidad. Se trata de crear un artificio con el fin de mostrar, denunciar, recordar una época, un momento, creando escenas, situaciones y personajes con la intención de explicarnos algo que se enmarca en la historia objetiva.

Los epistolarios, los dietarios, la escritura memorialística, los diarios de viaje, recogen el contexto histórico, geográfico, social y cultural del momento en que fueron escritos y guardan la memoria, no sólo del autor de esos textos sino de la comunidad a la que perteneció. Así pues, la literatura, además de darnos acceso a las interioridades del alma humana, también nos permite conocer lugares y hechos, que forman parte de la trama, ya sea mediante personajes, atmósferas o escenarios.

La emergencia de publicaciones con Barcelona como escenario ha crecido considerablemente en las últimas décadas. De la trilogía de Ruiz Zafón, iniciada con *La sombra del viento*, al *Jo confesso* de Jaume Cabré, pasando por novelas históricas como *La catedral del mar* de Ildefonso Falcones, *Victus* de Sánchez Piñol o *Cabaret Pompeia* de Andreu Martín. La ciudad es a menudo un personaje más.

Los diferentes autores juegan con sus barrios, con la mezcla entre burguesía y bajos fondos, o la proximidad del mar y la montaña. La Barcelona de los conflictos del siglo XX y momentos de expansión como los Juegos Olímpicos han sido a menudo los escenarios que han servido para reflejar conflictos de clases y otras temáticas sociales.

Sin olvidar los poetas de la Escuela de Barcelona, como Gil de Biedma, Barral, Goytisolo...

Esta tradición y vivencia del libro han propiciado que la ciudad condal sea candidata para el programa de Ciudades Literarias de la Unesco, cuya categoría se integra en la red de Ciudades Creativas. No en vano, Barcelona cuenta con una tradición literaria en

dos lenguas; una gran representación editorial en el ámbito catalán e hispanoamericano; un avanzado sistema bibliotecario, distintos festivales y programas de difusión de la lectura, y una gran fiesta del libro, como es Sant Jordi.

Un escritor puede proporcionar información, por ejemplo, sobre la segunda guerra mundial, sin necesidad de contar la guerra, con solo mostrar y hacer sentir sus efectos en los personajes, logrando que se respire el ambiente del momento histórico. Porque no solo la novela histórica contribuye a la recuperación de la memoria, sino que cualquier narración realista bien conseguida aporta un fragmento de historia, puesto que está situada en algún momento histórico, pasado o presente. Tenemos muchos ejemplos, por citar algunos:

Juan Marsé retrata la Barcelona de posguerra en diversas novelas. *El embrujo de Shangai* ([1993](#)) es el viaje imaginario de un niño desde la deprimente realidad de las cuevas del Guinardó de la inmediata posguerra hasta un mundo de fantasía y aventura. En *Últimas tardes con Teresa* (1966), el personaje del Pijoaparte se convirtió en paradigma del conflicto de la nueva clase social aparecida tras las primeras oleadas de inmigración, los *xarnegos*, y su relación con la efervescente juventud burguesa progre de los 60.

También Terenci Moix en su autobiografía *El Peso de la paja* retrata la Barcelona de su infancia, dejando el testimonio de una época de la ciudad ([1998](#)). *Vida privada* (1932) de Josep Maria de Sagarra, es una crónica de la burguesía barcelonesa de la posguerra, y su contrapartida social. *La Plaça del Diamant*, de Mercè Rodoreda, tiene como trasfondo la Barcelona de la República, la guerra civil y la postguerra. No podemos olvidar *La ciudad de los prodigios* (1986) de Eduardo Mendoza, que refleja el crecimiento de la ciudad durante el cambio de siglo, en el intervalo entre la exposición universal de 1888 y la de 1929.

Y, por último, es imprescindible nombrar a Manuel Vázquez Montalbán, que reflejó en su serie negra la Barcelona del post-franquismo, en la que el detective Pepe Carvalho, se movía por el Barrio Chino preolímpico, pre MACBA y pre CCCB.

En cualquier caso, el escritor debe tener la capacidad de trasladar al lector a un momento determinado de la historia, dejar que se pasee por las calles, que viva las emociones de los personajes, identificándose con ellos, participando de la acción, viviendo y sintiendo lo que ellos viven y lo que ellos sienten. Entonces el lector puede ser protagonista de la situación contada, comprendiéndola y convirtiendo finalmente la historia en memoria.

Dice Vargas Llosa: *Los fraudes, embaucos y exageraciones de la literatura narrativa sirven para expresar verdades profundas e inquietantes que solo de esta manera sesgada ven la luz.*

Así pues, una ficción bien documentada y bien escrita explica verdades que escapan al historiador.

Si la filosofía ordena el caos a través del conocimiento; la literatura, a través de la ficción, nos explica verdades profundas de la realidad humana, y por tanto contribuye a perpetuar la memoria histórica, más allá de los necesarios datos y cifras.

Para que sea historia, y eso lo puede argumentar mucho mejor que yo el profesor Borja de Riquer, debe haber completa objetividad. El historiador se documenta, investiga, averigua y transcribe con rigor. No versiona, al contrario del escritor. Pero también el escritor que quiera versionar un hecho o un personaje histórico, tendrá que documentarse a fondo.

El novelista no debe pretender nunca hacer historia. Si así lo hiciera, engañaría al lector, porque el escritor no tiene la objetividad del historiador, es más, si la tuviera, no debe ejercerla. De lo contrario ya no estaríamos hablando de ficción.

La literatura además tiene otro cometido en su compromiso con la memoria histórica, a mi juicio no menos importante, y es que actúa de estímulo para conocer la historia. Una buena novela puede inducir al lector a documentarse sobre una época o unos hechos determinados, porque surge la necesidad de indagar sobre el tiempo en que se desarrolla la novela leída, es decir, le induce a beber de la verdad desnuda del historiador. Hay muchísimos ejemplos, pero me gustaría citar una novela moderna *Alma*, del canadiense de origen libanés Wajdi Mouawad. Después de leer esta novela, si no se conoce bien la historia de la matanza de los campos de refugiados de Sabra y Chatila, no se tiene más

remedio que correr a documentarse. Sin embargo, la novela no cuenta apenas nada de los campos de Sabra y Chatila, aunque su historia está latente en todo el relato, absolutamente camuflada hasta que nos estalla en la cara. El autor crea todo un artificio, y, sin ser ese el tema central de la novela, nos lleva a él de cabeza y lo instala para siempre en nuestra memoria.

Por tanto, y para terminar, desde mi punto de vista, la literatura aporta su grano de arena a la memoria de todos los tiempos, no solo porque impacta en mayor grado que la historia desnuda al ciudadano no especializado, sino porque, una ficción bien documentada y bien escrita muestra o encarna la subjetividad de una época.